


Un país en crisis

CRÓNICAS ESPAÑOLAS
DE LOS AÑOS 30



JUVENTUD SOCIALISTA

Edición de Sergi Doria

Ensayo histórico  edhasa

EL QUINTO DÍA LLOVIÓ EN ARGELÈS

El quinto día llovió. Por la noche estuvo soplando el mistral que se despeñaba desde lo alto del Canigó. Al amanecer cesó el viento y el cielo se encapotó. Era un cielo bajo, espeso, plomizo como el vaho de las montañas. Luego llovió. Llovió a mares.

Los cuatro primeros días los pasamos buscando la manera de vivir en la playa desolada. No había barracas ni maderas ni agua ni comida. No había más que manadas de hombres acosados y soldados negros, amarillos y blancos con la bayoneta calada. Francia, bajo Daladier, nos había preparado este alojamiento. En la playa pelada, entre el mar y los montes, cuadriculada por las alambradas, se alineaba, guardándonos, un pequeño muestrario del Ejército francés. Había infantes de Narbonne y Montpellier, caballería motorizada de Limoges, húsares de Tarbes, soldados de Albi, senegaleses, spahis de capa roja y fusil en bandolera, guardias móviles, gendarmes. Los héroes de Teruel y del Ebro —que nunca tuvieron un uniforme completo, que nunca tuvieron una dotación de cartuchos completa, que nunca tuvieron su armamento completo— se quedaban extasiados contemplando aquellos uniformes coruscantes.

Una mañana —después de tantas horas sin probar bocado— repartieron pan. La noticia corrió por el campo entre las tolvaneras y las cargas de los spahis. Varios camiones de la Intendencia del Ejército aparecieron de pronto, junto a la hilera de casetas de la entrada. Estaban cargados con hogazas como las de los pueblos castellanos. Unas hogazas grandes y morenas con rastros de harina sobre la corteza. Los camiones recorrieron el campo seguidos por millares de hombres con la boca seca y las narices dilatadas. Por fin, se detuvieron en una encrucijada en la que convergían los caballos de frisa, y empezó la distribución.

El comisario del campo, un tipo alto y fuerte, rubianco y gritón —malo, malo, malo, malo—, nos dio una idea de lo que iba a ser nuestra estancia en sus dominios. Ordenó que el reparto se hiciera en pocos minutos y los hombres de los camiones comenzaron a obedecerle arrojando los panes sobre las alambradas. Al principio nos contuvimos indignados. Pero en seguida, la manada hambrienta y enloquecida, se lanzó hacia adelante para alcanzar el pan tierno que olía tan bien. La montonera se rasgaba la carne en las púas, se apelotonaba, se encrespaba, se atropellaba, chocaba entre sí. Los hombres de los camiones tiraban hogazas morenas y los spahis encabritaban sus caballos y los lanzaban a galope tendido por encima de la masa humana que se retorció de dolor y de hambre.

Las noches de Argelès-sur-mer eran dramáticas. El viento ululaba sobre la superficie de arena levantándola y proyectándola contra los grupos que se amontonaban para entrar en calor. Los caballos de nuestro Ejército, sueltos y asustados, naufragaban en las sombras perseguidos por los fantasmas de los caballos muertos en los combates. En los hoyos abiertos en la arena los hombres blasfemaban desolados.

En nuestro grupo de cien, la primera noche se murieron cuatro hombres; la segunda, uno; la tercera, doce; la cuarta, dos. Uno de éstos era Lucaci, un checoslovaco tan solo, tan solo que se unió a mí cuando los soldados franceses nos llevaron andando desde los desfiladeros pirenaicos hasta la playa convertida en campo de concentración. Lucaci estaba echado a mi lado mientras el alba trazaba estrías rojas y doradas sobre el mar. El faro de Port-Vendres parpadeaba en la bruma mañanera rajando la noche gélida.

—Lucaci: aquí se muere sin retórica; aquí se muere de verdad. Lucaci, tú has venido desde muy lejos, desde más allá de todas las colinas, a defender la libertad del mundo en mi país. Esperabas —esperábamos— una muerte heroica y aquí, en la dulce Francia, nos vamos a morir de asco. ¿Tú conoces a nuestros poetas, camarada Lucaci? Recuerdo a uno de hace una eternidad, de cuando yo era muchacho, de hace lo menos diez años, que decía:

*Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco...*

Lucaci, Lucaci, ¿hay pozos y huertos en tu país como los hay en el mío?

Pero Lucaci estaba ya tieso y verde desde hacía rato.

Era el segundo muerto de la cuarta noche.

Pero el quinto día llovió. El ventarrón trajo las nubes desde lejos. Al amanecer estábamos en el infierno. Cuando fuimos a llevar a la entrada del campo el cadáver de Lucaci, envuelto en un costal, los pies se nos hundían en la arena movediza. Más allá de un metro no se percibían los objetos. El huracán nos detenía, nos empujaba, nos echaba hacia atrás. Los hombres se acurrucaban bajo las mantas y las caballerías trotaban frenéticas entre los remolinos. Luego, de pronto, el viento cesó. El campo se oscureció bajo los nubarrones y cayeron, anchas, blandas, las primeras gotas que se aplastaron en el polvo.

Aquello era una verdadera calamidad. No podíamos guarecernos en ninguna parte ni proteger los miserables equipos. En pocos minutos el agua que caía a torrentes traspasó las chabolas, desmoronó las elementales barracas de barro, nos caló las ropas y los huesos y convirtió todo el campo en un barrizal inmenso. A mediodía no pudimos salir de los hoyos ni comer. Era imposible hacer fuego con unas ramas que habíamos traído de allá lejos, del otro lado del río. Además, el que se alejaba de su grupo se perdía sin remedio entre el turbión, entre el barro y los miles de hombres que huían aplastados por la lluvia. Los atacados de disentería —el setenta por ciento de los refugiados— a causa del agua que bebíamos que no era potable, se iban a la playa a defecar y ya no sabían volver. Se pasaban horas y horas chapoteando en el lodo, en el agua, entre los hombres quejumbrosos y acurrudados con las entrañas desgarradas, entre los vendajes de los heridos desprendidos con la mojadura, entre los enfermos, entre las mujeres y los niños refugiados al abrigo de las alambradas de la entrada, entre las confortables garitas de los centinelas, entre los esqueletos de los caballos, entre toda la porquería depositada allí por 200 000 hombres acorralados en

una faja de arena limitada por el mar y por muchas filas de ametralladoras y de alambres de púas. El camino de regreso, después de abandonar a Lucaci, lo hicimos pisando sobre cosas resbaladizas que lo mismo podían ser barro, que vísceras, que mierda.

Al atardecer de ese quinto día reconstruimos provisionalmente las chabolas. La nuestra consistía en un hoyo cavado en la arena —que se llenaba de sal rezumada cada media hora— y en un techo con cuatro cañas al que habíamos atado un pedazo de sábana. Como éste había otros cinco agujeros próximos que formaban nuestro grupo. A las cuatro de la tarde, ya de noche, nos envolvíamos en la manta, que estaba chorreando, y nos agazapamos bajo las cañas. Era poco más o menos como estar a la intemperie. El agua se filtraba a través de las sábanas y se encharcaba bajo nosotros, uniéndose a la que brotaba de la arena. Pero lo esencial era no moverse y mantener el contacto con el compañero para no perder el calor.

—Esto no es España, ¿eh?

No, no era España, no era el hogar perdido, ni los recuerdos que tenían en la imaginación categoría de estampa. No eran las casas y las calles de España donde la lluvia cae suavemente repiqueteando en los cristales y levantando un olor tan agradable a tierra mojada. No. Aquello era un cachito de Francia —a la que habíamos amado desde niños—, pero un cachito hostil, inhóspito, repelente donde el hombre —nada menos que el hombre— zozobraba acorralado y golpeado.

En uno de los hoyos próximos al nuestro, aquella tarde del quinto día agonizaba un soldado herido. Entre el rumor de la lluvia le oíamos quejarse sin descanso. Era un quejido entrecortado y monótono, siempre igual, sin descanso, sin matrices, como mecánico, como no humano. Sus compañeros vinieron a pedirnos que les dejáramos unas ropas para el herido, que estaba aterido. Pero ¿qué les íbamos a dejar si no teníamos nada?

Por la noche sus lamentos se hicieron insufribles. Fuimos al hoyo y entregamos nuestras mantas. Al fin y al cabo ya no podíamos mojar-nos más de lo que estábamos. El herido tenía todas las mantas del grupo y estaba tiritando en su agujero. Le tocamos y ardía. Se le veía un

poco el pelo lacio, revuelto, sudoroso y la cara angulosa con los labios exangües y los ojos entornados. Un hilillo de saliva se le escurría por las comisuras de los labios y se iba a juntar con el agua que llenaba el suelo de la chabola.

—¿Por qué no vamos a buscar a un médico de los nuestros?

—¿Para qué? No vendría y, además, no hace falta. Éste está listo.

Ocho hombres rodeábamos al soldado, que parecía un montón de ropa sucia. Ocho hombres ateridos que apenas podíamos movernos en aquel agujero oscuro y frío donde un compañero nuestro se iba acercando a la muerte paso a paso.

Pero Cástor tenía muchas mañas. Salió sin decir una palabra y volvió con un soldado de Sanidad de los nuestros. Lo traía casi a rastras. El soldado miró al herido, le dio una aspirina que guardaba en una caja de fósforos, y se fue. Al rato volvió con un poco de parafina y una lata de conservas vacía para que tuviéramos luz.

—Metéis aquí una cinta cualquiera y lo encendéis. Además —nos dijo entregándonos un bote mediado de leche condensada—, os he traído esto. Era mío. Cuando amanezca me lo dais.

—Pero ¿es que éste va a amanecer?

La luz chisporroteante y maloliente que conseguimos con la parafina alargaba las sombras sobre las paredes opacas de la chabola. Formábamos un círculo espectral en torno al compañero agonizante. Los ocho hombres acurrucados, destrozados por la fatiga y por el frío, hundíamos la cabeza entre las manos y mirábamos fijamente en silencio la cara que se desencajaba. De tanto en tanto, uno de nosotros limpiaba el hilillo de espuma que se escurría haciendo un charquito en la manta. Luego volvía a encogerse y ponía atención a ver si la respiración cesaba o si continuaba aquel lamento de fuelle deshecho.

A media noche cesó de llover y comenzó a helar. No habíamos probado bocado en todo el día. Aquello era cada vez peor. El campo estaba achatado contra el suelo blando convertido en un barrizal inmundado. La gente ya ni blasfemaba. ¿Para qué? Se tiraba al suelo boca abajo y allí se quedaba sin resollar. La lluvia y el barro los convertía en fardos sin forma... A nosotros se nos acabó la parafina y se nos apagó

la luz. Ya no veíamos al compañero que agonizaba. Sólo oíamos su quejido cada vez más débil, más cascado y tocábamos la frente empapada de sudor helado. El frío y el silencio nos hacían dar diente con diente. Mirábamos, callábamos y nos sobresaltábamos al menor susurro.

Al amanecer se murió el herido. Durante la noche no había dejado de jadear ni un instante. Cada vez el jadeo fue más débil, más débil. A las primeras luces de la mañana veíamos su cara desencajada y blanca con sombras cárdenas en torno a los ojos y a lo largo de las mejillas. Le tocamos la frente. Ahora tenía calor, pero seguía sudando frío.

—Toma un poquito de leche.

Le quisimos dar la que había traído el soldado. Pero estaba como a nieve. No podíamos encender fuego, no podíamos hacer nada por él. Tenía los ojos abiertos de par en par, grandes, estupefactos, fijos en la sábana desgarrada que cubrió la chabola antes de la lluvia y el hielo. Miraba sin ver ni oír. Cuando tocaron diana, la diana alegre y floreada de Argelès que había sonado también en las jornadas del Ebro y de la Casa de Campo, se quiso incorporar y miró despavorido. Quizás iba a decir algo. Pero el vómito le taponó la boca. La sangre que le salió a borbotones nos salpicó a todos. Cástor le quiso levantar y la cabeza se le cayó tronchada a los lados como si se hubiera descoyuntado de pronto. Se murió como un perro mientras se alzaba el sol desmayado sobre los millares de hombres que estaban solos.

Y yo me iré. Y estaré solo, sin hogar, sin árbol

verde, sin pozo blanco

sin cielo azul y plácido...

Y se quedarán los pájaros cantando...

Como Lucaci, como los del otro grupo y los del otro y los del otro.
¿Cuántas vidas costaba una sola noche en Argelès?

Gabriel Trillas-Blázquez